Giorgos Seferis: **por Angel [redacted]**

NOBEL PARA TODA UNA LITERATURA

En la persona de Giorgos Seferis, los académicos suecos han consagrado, más que a un escritor —sin que esto retacee nada de su alta calidad poética— el admirable esfuerzo de toda una literatura, que en poco menos de ciento cincuenta años ha alcanzado una coherente organización, perfeccionado un lenguaje nuevo y afinado, establecido una constelación de temas, desarrollado una meditación propia y honda dentro del amplio, universal panorama del mundo cultural contemporáneo. Porque cuando se habla de Grecia, con demasiada simplicidad se piensa en el Parnaso olímpico de la antigüedad, en esa curva que desde Homero a Luciano de Samosata se ha constituido en la heredera mimada de las Musas. Seferis no pertenece a él, aunque ese Parnaso sea gloria y agobio de su creación artística, sino a una literatura que los especialistas bautizan como "neo helénica" y cuyo nacimiento histórico se sitúa en las mismas fechas que nuestra literatura uruguaya, al punto de que el famoso Himno de Rigas es contemporáneo de la Marcha al Salto atribuida a Hidalgo y representa el mismo pensamiento heroico, la misma lucha por la libertad y la independencia, tanto política como cultural.

La Academia sueca encontró en Seferis el alto poeta que le permitía respaldar y celebrar este resurgimiento de una cultura dentro de nuevos moldes modernos, ya que había llegado tarde para reconocerla a los ojos del mundo en los nombres de Sikelianos (para la poesía) y de Kazantzakis (tanto para la prosa como para la poesía), sin hablar del grande y torrentoso Palamás que es aún para los poetas actuales, el indiscutido maestro que estructuró la lírica helénica a comienzos del siglo y que, en su vejez, fue el único que reconoció generosamente el "estremecimiento" nuevo y original del primer libro del actual Nobel. Pero la pulcritud transparente y precisa del arte de Seferis, su cautelosa angustia existencial funcionando dentro de un universo de luz y de mitos mayores, su lengua fresca, viviente y sin aristocrática, no hubieran sido posibles sin la obra de muchos escritores, de muchos eruditos, incluso de poetas que se condenaron por vida a la silenciosa tarea de perfeccionar el instrumento de la poesía para entregar sólo póstumamente su obra a los griegos, como es el caso del elusivo y misterioso Cavafis que los lectores recientes recuperaron a través de los dioramas multicoloreados de la tetralogía de Lawrence Durrell.

RECORDABAMOS en un artículo sobre la cultura griega (MARCHA Nº 1135) la desconsolada frase de Mimica Cranakis sobre la especial situación en que se encontraron los escritores modernos del país: **"Felices los pueblos sin historia y benditos los pueblos sin antepasados, es decir, sin esa espada de Damocles del Pasado perpetuamente suspendida por encima de su cabeza. La historia es un arma de doble filo, como sabemos desde Freud. ¿Puede creerse que sea cómodo ser poeta, filósofo, escultor, autor dramático, cuando se tiene por antepasados a Homero, Platón, Fidias o Esquilo?".** Es verdad: nunca los padres han hecho más para devorarse a sus hijos, como en la cultura griega moderna, dominada por el signo carnicero de Saturno, pero también nunca pelearon más los hijos con las sombras augustas de los padres para encontrar un territorio propio. Todo esto estaba prefigurado por un mito clásico: la pugna de Saturno y Zeus.

Ya en 1760 un apergaminado académico vociferaba contra el intento de los protestantes de traducir la Biblia al griego común, abandonando esa lengua artificial —el griego clásico— que la cultura oficial, clasista, se esforzaba por mantener casi como una lengua secreta de la élite dirigente. La pugna siguió hasta nuestros días, establecida ahora entre la **"katharevusa"** y la **"dimotiki"**, entre una lengua oficial y una lengua callejera, popular. Ya el **Himno** de Rigas atendía a la dicción popular y tras él el poeta romántico, Solomós, hacía irrumpir un acento vivaz, retórico y grande en la sequedad idiomática. Pero hubo que llegar a la gran batalla del XIX, mientras Grecia buscaba su independencia contra el Imperio Turco a través de decenios heroicos y sangrientos, mientras Grecia era jugada vez tras vez en el ajedrez político de los intereses de las grandes potencias (Rusia, Inglaterra, Francia), para que los intelectuales ganaran esa primera batalla en el campo idiomático. Las tesis filológicas de Psicharis, mostrando que la "dimotiki", el habla del vecino, representaba la mejor tradición creadora, lingüística, del pueblo griego, y los ejemplos narrativos que él mismo ofreció en apoyo de sus estudios críticos, contagiaron a los escritores del renacimiento finisecular y en 1886 Kostis Palamás publicó en **"dimotiki"** sus **Cantos de mi patria** estableciendo el nuevo derrotero lingüístico de la poesía neo helénica que hoy alcanza el Nobel.

Salvo el caso de Cavafis, que creará una lírica intemporal, cosmopolita, con un idioma reinventado sobre los clásicos pero que a la vez se enriquece con las aportaciones bruscas de la modernidad, los restantes poetas trabajarán durante ochenta años en el establecimiento de una cultura que se apoya en el lenguaje popular, depurándolo. El caso extremo es el de Kazantzakis, que nunca abandonó su lenguaje regional, el cretense, y que sin embargo, a pesar de esa limitación, fue el primer griego moderno en rebasar los límites de su país y alcanzar la notoriedad universal.

PERO una lengua renovada no basta, y no hay un escritor en Grecia, de esos conversadores y entusiastas que se reúnen en el café Ludmilis de Atenas, que no se sienta desde su infancia como el descendiente directo del más nutrido y glorioso Parnaso, y no viva en el secreto afán de una competencia desmesurada. Su oscura vocación es la misma de Zeus y de Edipo: vencer a su padre, matar a su padre. En un país subdesarrollado, en uno de los países más pobres y más sufrientes de la Europa occidental, en un país que puede parecerse al nuestro, que casi no tiene editoriales, que dispone de un escaso público lector, donde ningún escritor vive de su trabajo intelctual sino de los empleos oficiales o privados, y en un país que aspira a independizarse de su propio pasado y a transformarse en una nación moderna guiada por el santo y seña llamado "desarrollo", no es raro que haya vuelto los ojos a los grandes países europeos, y que pacientemente se pusiera a hacer palotes imitando escuelas y estilos. La literatura griega, desde Rigas hasta hoy, pasa por los andadores del romanticismo, del realismo, del naturalismo, del parnasianismo y del simbolismo, de la vanguardia, del neo realismo, tal como nosotros, tal como tantas culturas dependientes de los centros del poder cultural, en particular, para los griegos, Francia.

La generación a que pertenece Seferis, y donde hay que incluir los nombres de Sikelianos, de Elytis, de Engonopoulos, es aquella que traduce en griego las variadas corrientes de la vanguardia europea y en algunos intenta superarlas. Para ellos, sin embargo, edificó pacientemente su obra Cavafis, y no es casualidad que su libro póstumo se publicara en 1936 (aunque sus poemas eran conocidos desde comienzos de siglo) cuando estaba en pleno funcionamiento la revista que agruparía e interpretaría a esta generación: **Nea Grammata**, que se publica de 1935 a 1943. Los diosecillos de la literatura vanguardista (Appollinaire, Pound, Eluard, Aragon, Eliot) rigen las ambiciones de Seferis y de estos poetas; París y Londres son sus metas codiciadas. Pero aún en las imitaciones más escolares, irrumpe una sensibilidad distinta, un comportamiento aéreo y diestro, una técnico original que corresponde a ese antiguo diálogo de la cultura griega que, en términos de Nietzsche, se diría el de lo apolíneo y lo dionisíaco.

SEFERIS nace en Esmirna al comenzar el siglo, en esa costa griega del Asia Menor que es todavía la llaga de Grecia, donde derramó su sangre con el ímpetu casi sagrado que Kazantzakis ha retratado en su novela **Cristo de nuevo crucificado**. Pero nacido en un hogar de la burguesía profesional —su padre será catedrático de Derecho Internacional de la Universidad de Atenas— su formación intelectual se hará, a partir de 1918, en Francia. Allí concluirá sus estudios de Derecho y de Letras y allí establecerá una de sus raíces. La otra estará en Londres donde fue embajador de Grecia. De Francia salen sus traducciones de las obras más sutiles de André Gide (**Paludes, Promethée mal enchainé**); de Inglaterra su traducción de **The waste land** que, publicada en 1936, proporcionará, junto al Cavafis del mismo año, el repertorio técnico de la lírica griega moderna.

Luego de las **Estrofas** (de 1931), su lírica parva se ha concentrado austeramente en **Cuaderno de ejercicios** (1940) y en las sucesivas versiones del **Diario de a bordo** (1940, 1945) que retrata fielmente su paso viajero por el mundo, como estudiante, como exilado durante la invasión, como diplomático. El tomo de Poesías que en 1950 recoge su producción total cuando es ya el poeta más estimado del país, no es tampoco abundante. ¿Qué dice allí? Cuando Etiemble se dispone a hablar de Cavafis, somete a los franceses esta proposición: **"¿Qué pensarían ustedes de quien alabara a Mallarmé por haber escrito: "Tel que l'eternité en soi-même le transforme enfin" con el pretexto de que esas palabras componen un equivalente ingenioso de "Tel qu'en lui même enfin l'eternité le change"?** Los poemas de Seferis que conozco (traducciones al francés de R. Levesque, al italiano de B. Lavagnini, al español de Jaime García Terrés) están, naturalmente, en la misma situación. A través de ellas se percibe, para desesperar al lector, una capacidad cristalina y dura del verso, una limpieza de cielo abierto, una radiante luminosidad, y una ágil presteza de la dicción poética:

Desnudos nos hallamos encima de la
/piedra esponjosa,
contemplando las islas que surgían,
mirando sumergirse las islas
/coloradas
en su propio soñar, en nuestro sueño.
Estábamos aquí, desnudos,
/sosteniendo
la balanza inclinada
en pro de la injusticia.
(Gimnopedias)

García Terrés no ha vacilado en decir de él, cuando ni podía pensarse que obtuviera el Nobel, que lo reconocía **"sin reservas, uno de los mayores poetas de nuestro tiempo"** y a él le debemos las únicas versiones que han ingresado al español. Ese mundo luminoso, esa terca evocación del pasado, de los grandes mitos ordenadores del caos, esconde una soterrada melancolía, una sombra angustiada.

Es curioso percibir la disolución del dramatismo, que todavía regía a Cavafis, y su reemplazo por una actitud de contemplación serena. El mundo se le ofrece como un paisaje, un espectáculo perfecto que se sostiene dentro de sus formas tensas como a punto de zozobrar en la nada:

Al volver la cabeza he visto
las negras piedras apretujadas
y mi vida en tensión como una
/cuerda.

Pero rehusándose a la mera connotación realista, apelando a los modos elusivos, deslizándose a las referencias casi herméticas, y conduciendo siempre con sostenido rigor intelectual la creación, Seferis crea un arte casi marginal, como para iniciados. La tersura superfical de sus poemas, la enigmática intromisión en los antiguos mitos, no disimula que ellos nacen después de los desconsolados diálogos de Cavafis con las sombras del pasado, después del reconocimiento de la pérdida de un paraíso perdido. En ese sentido Seferis se conserva apegado al pasado, no da el salto que afirmativamente singularizó la obra de Kazantzakis, aún en el momento en que procedía a reescribir los viejos temas (su **Odisea**). Bajo la pureza del paisaje, Seferis está viendo las ruinas antiguas, mientras que Kazantzakis avizoraba el dramatismo permanente de la vida, y Elytis, el poeta más considerable de los últimos años, reconoce en el mundo circundante su joven corazón ardoroso:

El agua bebo, corto fruta.
Hundo mi mano en el follaje
/del viento
Los limoneros apresuran el polen
/del estío
Desgarran mis sueños los pájaros
/verdes
Y con una mirada
me voy, mirada vasta
en la que el mundo vuélvese otra vez
hermoso en el principio conforme al
/corazón.

Del mismo modo que en la literatura española, la Academia eligió a Juan Ramón, y no a Alberti o a Neruda, en la griega eligió este último representante del espíritu de la vanguardia. Pero el premio tiene una utilidad mayor: conseguir que en los lugares más alejados se conozca la admirable tarea creadora de la moderna Grecia, y algo de este país conmovedor llegue a todos. Y del mismo modo que en el caso de St-John Perse, o de Pasternak, la Academia sueca se conserva fiel a la poesía, ese arte más elevado y sutil, y dentro de ella elige aquellos productos alquitarados en una superior tensión del espíritu. Casi como si vacilara en poner un pie sobre la tierra.